

El Principito por Florencia Barr

Muy por encima de las copas de los árboles y las nubes esponjosas, sí, incluso más allá del cielo azul, habitaba hace mucho tiempo un Rey. Su reino se extendía a lo largo y ancho, y todos en él eran tan felices que se le conocía como el Reino de la Felicidad. Suaves melodías y delicados colores del arcoíris flotaban en el aire de aquella tierra lejana. Entonces, un día, pareció sonar una nota discordante. El Rey escuchó, y el murmullo de la discordia se acercó. En ese momento, el Rey llamó a un pequeño Príncipe y le dijo: «Los niños de la tierra parecen no tener corazones felices, y la luz del amor se está apagando. Alguien debe ir a estos niños de la tierra y traerles una nueva luz de amor».

—¡Oh, padre, déjame ir! —dijo el principito.

Esto agradó al rey. Pero sabía que no sería una tarea fácil, así que dijo: "¿Estás listo para partir, hijo mío? Está oscuro en el mundo terrenal, y a veces será difícil encender la luz del amor."

—Sí, padre, estoy listo para ir cuando me envíes —dijo el príncipe. Entonces el Rey llamó a algunos de sus mensajeros en el Reino de la Felicidad y les dijo: «Mi hijo, el pequeño Príncipe, emprenderá un largo viaje a una tierra lejana. Preparad todo para su visita a los niños de la tierra». Los mensajeros del Rey conversaron entre sí, y pronto se hicieron grandes preparativos para la partida del Príncipe.

En una aldea del mundo terrenal vivía una hermosa joven. Vivía en una casita rodeada de un jardín. A menudo se sentaba en el jardín a leer. Los pájaros revoloteaban a su alrededor y, a veces, una paloma blanca se posaba en su hombro y le arrullaba. La joven se llamaba María; tenía un carácter encantador y una dulce sonrisa. Mientras recorría la aldea haciendo buenas obras, alegraba a mucha gente y todos la querían.

En aquella tierra vivía un rey que gobernaba con gran crueldad. Su pueblo sufría profundamente. Su reino era muy distinto del Reino de la Felicidad que se extendía sobre el cielo azul. Al ver a tanta gente infeliz, María se entristeció. No le gustaba ver sufrir a los demás; deseaba que fueran felices y no tuvieran miedo. Había una historia que a María le gustaba especialmente y que leía una y otra vez. En ella, el Rey del Reino de la Felicidad había prometido enviar al Príncipe de la Paz para salvar a los niños de la tierra. María hablaba a menudo con el Rey, su Padre Celestial, y le decía cuánto anhelaba la llegada de este pequeño Príncipe. Un día, después de haber hablado con el Rey, se sintió muy feliz. Y comenzó a cantar, y su corazón se sintió ligero y alegre. Pensó que los pájaros cantaban más dulcemente y que incluso la luz del sol brillaba más de lo normal. Parecía que la luz se intensificaba en el jardín, y entonces, justo delante de ella, rodeado de hermosos colores del arcoíris, apareció un Ángel. El Ángel le habló a María y le dijo que su Padre Celestial iba a cumplir su promesa a los niños de la tierra, y que le enviaría al Príncipe de la Paz para que lo amara y cuidara como a un hijo suyo.

Como se pueden imaginar, la dulce María se alegró muchísimo. Por la noche, cuando su esposo regresó a casa, le contó la visita del ángel, y José también se puso muy contento. Entonces comenzaron a planear la llegada del Principito.

En la antigüedad, la gente pagaba impuestos igual que hoy en día. Una tarde, José llegó a casa y dijo: «María, querida, es hora de ir a Belén a pagar nuestros impuestos». Entonces María y José partieron enseguida. María iba montada en un burro y José caminaba a su lado. Estaban tan contentos con la llegada del Principito que no paraban de hablar de ello durante el camino.

Tras un largo y duro viaje, llegaron a Belén. José acomodó a María lo mejor que pudo y luego fue a buscar alojamiento en la posada. Estuvo fuera bastante tiempo, y cuando regresó con María le dijo: «Querida, no queda ninguna habitación en la posada. Solo queda el establo donde se guardan las vacas. Pero es bonito y limpio».

Y María dijo: «Está bien, querido José, no me importa en absoluto. Estaremos cómodos, y estoy tan cansada que me dormiré enseguida». Así que entraron en el establo. Las vacas mugieron como para darles la bienvenida, y sus ojos dulces y bondadosos parecían mostrar alegría al ver llegar a José y María.

Sobre un lecho de heno suave y perfumado, María se sentía cómoda y feliz. Agradeció a su Padre Celestial por su maravillosa promesa y luego se durmió.

En el Reino de la Felicidad, los ángeles se afanaban en preparar al principito para su viaje al mundo terrenal. Un ángel lo alzó con ternura y lo llevó en brazos, diciéndole: «Ve, precioso niño, y lleva un mensaje de amor y felicidad a los niños de la tierra. La luz del amor brilla en tus ojos y jamás se apagará. Una chispa de luz resplandece en tu corazón y brillará cada vez con más intensidad».

Y el Rey se alegró y dijo: «Hijo mío, tienes una gran labor que realizar para hacer brillar la luz del amor en un mundo oscuro. Que Dios te bendiga, hijo mío».

Desde el Reino de la Felicidad hasta la tierra se extendía un puente de amor, y a través de él el Ángel transportaba al Príncipe celestial. Los Ángeles cantores y los Ángeles de la Luz lo acompañaban. Música angelical flotaba clara y dulce en el aire estrellado. Pronto toda la hueste celestial alababa a Dios y cantaba: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Tras llegar a la tierra, la brillante luz de una hermosa estrella guió al ángel hasta María. Al entregarle al principito, el ángel le dijo: «Cuídalo bien, porque es un regalo de Dios».

Entonces María y el Príncipe fueron repentinamente bañados en un resplandor. Al mirarlo a los ojos, ella se maravilló de la luz de amor que allí brillaba. Todo bebé tiene luz en su rostro, pero este pequeño tenía la luz de Dios en sus ojos. La música angelical y la brillante Estrella atrajeron a mucha gente, y pronto los visitantes se agolpaban para ver al pequeño Príncipe. Unos pastores llegaron del campo cercano. Habían visto la Estrella y la habían seguido, y ella los había guiado hasta el lugar donde el niño yacía en un pesebre.

Ahora, queridos niños, esta es la historia de un pequeño Príncipe de la Paz, el Portador de la Luz para los niños de la tierra, cuyo cumpleaños celebramos cada día de Navidad. La estrella que se alzaba sobre el lugar donde yacía el Príncipe brilla hoy con la misma intensidad que entonces, iluminando a cada niño en su camino a través del puente del

amor, desde el reino terrenal al Reino de la Felicidad. Sigamos la estrella y mantengamos viva la luz de nuestro amor para iluminar a otros en su camino hacia la felicidad y la alegría.